

lecturas; no les bastan los días, y gastan su vista por las noches, inclinadas sobre estas páginas infernales. Y hemos observado, en larga experiencia, que no hay cosa que disguste tanto de la piedad, y que aleje tanto de las prácticas religiosas, y en particular de la confesión, como la lectura de las novelas: las jóvenes que las frecuentan, ven con horror al sacerdote, con desprecio á las personas devotas, con aire de compasión á las Hijas de María, y con aire de burla á los cristianos prácticos. Vigilen, pues, las madres en el particular; cierren enteramente su puerta á los libros perversos, y no permitan jamás á sus hijas tales lecturas; más desgraciadamente á veces son ellas mismas las que dan ese malísimo ejemplo á sus hijas; la madre de Santa Teresa leía libros de caballerías, y la santa heredó esta afición, tomando en ello tal deleite que, como dice en su vida, si no tenía libro nuevo, no estaba contenta. Y aquellos libros no tenían, ni con mucho, el peligro de los romances actuales.

#### IV

*Colocación de los hijos.—Dos extremos.—Rigor y encaprichamiento.—Negligencia y descuido.—San Pablo y el Tridentino.—Consejos sin instrucción.—Los hijos descarriados.*

—¿Qué otras obligaciones incumben á las madres?

— La colocación de sus hijos, y su instalación en el estado á que por Dios son llamados. Vastísimo es el asunto, y aquí sólo podremos hacer breves insinuaciones. Necesitase en esto de grande prudencia, para poner medio entre los extremos, pues faltan las madres muchas veces por exceso, y muchas otras por defecto.

—¿Cuáles faltan por exceso?

—Las que por nada del mundo quieren separarse de sus hijos, por un cariño mal entendido, y así á la primera palabra que hablan de matrimonio, les muestran mal semblante,

les hablan duramente, y algunas les declaran una verdadera persecución. Esta conducta imprudente. exaspera á las jóvenes, hace que pierdan el amor á su madre, enciende la pasión en vez de atenuarla, y las lleva á dar pasos deshonorosos para la familia y bochornos para sus padres. Mucho hay de esta exageración, y las madres rehúsan todo consejo; se encaprichan de un modo inconcebible, y aborrecen de muerte á los que en este caso favorecen á los hijos, y aun al párroco ó sacerdote que interviene en el matrimonio. Porque deben saber estas madres obstinadas, que su disentimiento, cuando es injusto, irracional y caprichoso, no puede cortar la libertad de sus hijos, ni puede impedir el que la Iglesia los enlace.

—Pero, ¿si el pretendiente es á todas luces indigno?

—Debe usarse entonces de la blandura, de la persuasión, de la dulzura para con las jóvenes; de la oración á Dios y á la Virgen santísima; del recurso á los confesores y directores; y

si con todo ello, no se puede impedir un consorcio funesto, no oponerse más á lo que se mira irremediable.

—¿Cuáles madres pecan en esto por defecto?

—Las que miran como suprema felicidad para sus hijas el matrimonio, las aderezan, las presentan y casi las ofrecen; les permiten y aun les buscan relaciónes con jóvenes sin conciencia, sin religión y sin trabajo; las ponen en ocasiones peligrosas permitiéndoles entrevistas nocturnas y solitarias aun dentro de la casa, y cometen otras imprudencias, que apenas pueden creerse. Estas madres deben saber lo que dice San Pablo: «El que casa á su hija hace bien, más el que no la casa hace mejor» (S. Cor. VII, 38); y lo que ha definido el Concilio de Trento, que el estado de la virginidad es más excelente que el del matrimonio; y que es más feliz la joven que se decide á ser de Dios sin los vínculos conyugales que la que se enlaza en el matrimonio, de la cual dice San Pablo, que padecerá grandes tribulaciones. Así, tan mal

hacen los padres que no impiden, pudiendo, un mal matrimonio á sus hijos, como los que se les impiden por solo un capricho; tan mal hacen los que por no arrancarse de su lado les estorban un enlace, como los que las fuerzan á él, cuando los hijos tienen voluntad de vivir en el celibato. En los casos particulares, no nos cansamos de repetir que es necesario tomar consejo y seguirlo, por más que sea contra las propias inclinaciones.

—¿Ya colocados los hijos, acaban los deberes de la madre?

—Ya hemos dicho que sólo cambian y nunca acaban; una vez desposadas las hijas, debe seguirlas aconsejando, poniendo su propia experiencia al servicio de ellas, siempre debe aconsejar la mutua unión, la paz y la paciencia. El cariño mal entendido que domina siempre á las madres, las hace excederse en el particular; hácese intrusas en el domicilio conyugal; so pretexto de ayudar, quieren gobernar á los criados, á las hijas y á los maridos mismos; y con esta conducta se ha-

cen odiosas a éstos y fastidiosas y pesadas á sus mismas hijas. Aquí vuelve á ser muy necesaria la prudencia; es muy conveniente inclinarse más á la abstención; sólo acudir siendo llamadas, y dejando en plena libertad á los desposados. La ingerencia indiscreta de las madres, suele ser no pocas veces la ruina de los matrimonios, y por eso las suegras son á menudo el objeto de los dichos picantes y de los epigramas de los mundanos.

—¿Y qué deben las madres para con los nietos?

—No mezclase impertinente en su educación; no cortar los derechos de la madre, no aficionarse á ellos en demasía, no impedir nunca su corrección, no mimarlos ni consentirlos; sólo encargarse de ellos si falta la madre y su padre lo determina.

—¿Parece que sólo habláis de las hijas y no de los hijos?

—Porque con las hijas tiene más que ver la madre; pero la conducta debe ser casi la misma; advirtiendo que en el matrimonio de los hijos varones es

más conveniente evitar la intrusión, y nunca poner en mal á la esposa con su marido, lo que causa graves trastornos; antes promover siempre la paz, disculpar á la esposa, favorecerla, y amarla como á hija. Nunca envidiar el amor y las consideraciones del hijo para con su mujer, pues que Dios manda al hombre dejar al padre y á la madre por su esposa.

—Y con los hijos descarriados, ¿qué puede hacer la madre?

—Lo que hizo con el suyo Santa Mónica; oración, limosna y ayunos; orar y llorar. “Llorad por vosotras y por vuestros hijos,” les dice el Salvador; primeramente, por vosotras, que por negligencia en el cumplimiento de vuestros deberes, tenéis no poca culpa en los desórdenes del hijo: el cariño demasiado lo ha perdido. En seguida, llorad por ellos: en el templo, y con las limosnas y el ayuno se convierten; pero si la madre anda en los teatros, variedades y placeres, no hay que esperar la vuelta del pródigo. “La viuda que anda en delicias, muerta está,” di-

ce San Pablo [1 Tim., V. 6], y ¿cómo un muerto ha de poder resucitar á otro muerto?... “No es posible que hijo de tantas lágrimas, se pierda,” dijo un santo Obispo á la madre de San Agustín: ¿qué podremos decir de los hijos, no de lágrimas, sino de fiestas y placeres? Tal vez habría razón para decirles: “no hay esperanza de que tales hijos se salven.” Las lágrimas de las madres han dado no pocos santos á la Iglesia, con San Andrés Corsino, y doctores como el grande Agustino.

V

*Escollos y peligros de las madres.—Por parte suya.—Por parte del marido.—Por parte de la familia.—Por parte de los mismos hijos.*

—¿Decís que las madres hallarán muchos escollos y peligros en su camino?

—Ciertamente son muchos los esco-

llos con que tienen que tropezar: escollos por parte de ellas mismas, escollos por parte del marido, escollos por parte de la familia, escollos por parte del mundo y escollos por parte de los hijos mismos; y todos éstos son peligrosísimos, pues muchas veces ya algunos de ellos, ya todos juntos, hacen fracasar la misión de las madres. De todos hablaremos brevemente para darlos á conocer, y así poderlos evitar.

—¿Cuáles son los escollos por parte de ellas mismas?

—El principal de todos es el cariño exagerado y mal entendido de que ya hemos hablado. En nuestra nación son los afectos muy pronunciados y muy amorosos los corazones de las madres; pero como todo lo exagerado es defectuoso, ese amor extremado hace que los hijos sean muy mimados, que se les cumplan todos sus caprichos y que en nada se les contrarie. Y como, sin contradicción no hay corrección, como ya explicamos, y sin corrección no hay educación posible, de allí es, que el

cariño maternal, vicia ó impide la educación de los hijos. Y como el sentimiento ciega, no es posible hacerlas entrar en razón; de suerte, que mientras no prescindan de esa afección ciega y en cierto modo brutal, no pueden cumplir con la misión que Dios les ha encomendado.

—¿Pues qué consecuencias trae el cariño maternal?

—Cuando es imprudente é irracional, como sucede muchas veces, forma á los hijos caprichosos, antojadizos, procaces, inobedientes, egoistas, altaneros, incapaces de yugo y sujeción, malos hijos, malos ciudadanos y peores cristianos. Y no se crea el cuadro muy recargado, pues á veces salen hasta malvados y prostituídos. Y otro escollo de los madres es su carácter tímido, cobarde é irresoluto: en todo vacilan, no se deciden á corregir cuando es preciso, no hacen la más mínima observación á su esposo cuando debieran hacerla; no impiden un mal por no causar pena á los jóvenes; son, en una palabra, como cañas agitadas

por el viento que se inclinan ya para acá, ya para allá, según el aire que sopla. Si estos caracteres no se componen, los hijos reciben una pésima dirección.

—¿También hay escollos para las madres, por parte de su esposo?

—Los hay muy grandes, y quizá menos remediables. Si el padre es de malas ideas en punto á religión, no sólo no cuidará de que sus hijos se instruyan en ella, sino que lo impedirá caprichosamente; no dejará á la madre cumplir con sus deberes religiosos, y aun llegará á impedirle la recepción de los sacramentos, con lo cual quitará á la madre todo consejo y aun todo consuelo; por eso una joven jamás debería desposarse con un hombre impío é irreligioso, pues con semejante compañero es muy fácil su perversión con la de sus hijos.

—¿Basta pues, que el marido sea creyente?

—Esto es muy importante, pero no basta; debería ser cristiano práctico, pero si es dado á los vicios, al juego, á

la embriaguez ó á otros desórdenes, hace sumamente difícil la educación de los hijos: la desidia y el descuido ya serían grandes males; pero el peor de todos es el mal ejemplo, y poco podría atender la madre á la familia cuando hartamente tendría que hacer para soportar al marido, contenerle ó remediarle. ¡Increíble es, que varias jóvenes, á sabiendas, elijan por compañero de su vida á un hombre vicioso y prostituido! Algunas se engañan imaginándose que van á ser las redentoras del consorte, pues, como dice San Pablo, «la mujer fiel, santifica al marido infiel.» (1 Cor., VII 14), pero esto supone una virtud esmerada con que poquísimas cuentan, y las más veces sucede lo contrario; el varón de malas costumbres arrastra al pricipicio á su mujer. Mas si el marido, recto al tiempo del matrimonio, viene á torcerse después, la esposa no es culpable; y con su prudencia y dulzura, su oración y sus lágrimas, puede volver al varón al buen camino, como Santa Mónica llegó á convertir al suyo y lo mismo Santa

Catalina de Génova: el primero era pagano y grosero; el segundo era un noble, degenerado y prostituido. ¡Pero tenían esposas santas!

—¿Y encuentra escollos la madre entre la misma familia?

—Entre ambas los encuentra, en la suya y en la de su esposo. Estos escollos provienen siempre del cariño ciego y exagerado de los abuelos para con sus nietos y de las tías para con sus sobrinas; miman á los niños, los escapan de las escuelas, les fomentan la gula con detrimento de la salud, les acarrear compañeras para divertirlos, que á veces sirven para perderlos, les festejan lo que se les debería corregir, les ponen dineros en las manos antes de tiempo, les defienden del castigo de las madres, reprobándoles su severidad delante de los hijos, los llevan á su casa días enteros y aun temporadas, de lo que resulta que pierdan el amor á sus padres y rehusen á veces el vivir con ellos. Y todo ello son dificultades, amarguras y penas para las madres, que obligadas á guardar con-

sideraciones con sus deudos, no pueden poner ningún remedio. Preciso es ver de evitar la ingerencia importuna de los parientes en la educación de los niños.

—¿De qué otra parte dimanar peligros á las madres?

—Del mundo perverso y de la sociedad que las rodea: las máximas falsas reinantes son contrarias á la piedad y aun á la moral; las compañías que impone, las concurrencias que presenta, las diversiones que proporciona, los ejemplos que ostenta, las modas que preconiza, las relaciones que estrecha, las vanidades que enaltece, las lecturas que propala; todo, todo es peligro grande para los jóvenes, todos son escollos entre los cuales tienen las madres que navegar, á punto siempre de ver zozobrar su nave despedazada por los encuentros. ¡Si pudieran elegir el medio en que viven! pero no; tienen que permanecer en mares embravecidos y entre continuas tempestades. Sólo Dios puede apaciguar la furia de las olas, como apaciguó en

otro tiempo la tempestad del lago de Genezareth.

—¡Grandes son y terribles los escollos de las madres!

—Y ojalá fuesen los niños dóciles y obedientes! mucha ayuda sería para las madres; pero los peligros quizá más grandes, los escollos más temibles, son los que se encuentran en los mismos hijos. Cuando son de carácter duro, rebelde, caprichoso é indomable, la educación viene á ser casi imposible; semejantes, conforme dice la Sagrada Escritura, al yunque del herrero, al cual los golpes lejos de ablandarlo, lo hacen más y más duro. (Job. XLI, 15.) Tales caracteres suelen ser incorregibles, y en vano la madre más cristiana pondría todos los medios y tentaría todos los esfuerzos para enderezarlos, aunque siempre debe intentarlo sin desmayar; pues si la corrección no se alcanza, si consigue el cumplimiento con sus deberes. Tales son los escollos que las madres encuentran en su camino, y no hablamos de dos enemigos de alma, la carne y el demonio,

que, adversarios de todo lo bueno, no dejarán también de ocasionar contradicciones, dificultades y disgustos, en la grande obra de la educación filial.

## VI

*Medios y remedios.— La oración.— Los sacramentos.— El Director.— La lectura.— Santa Mónica.— Recompensas.— La buena conciencia.— La gratitud filial.— El esplendor celeste.— Nota.— El sacerdocio y la vida religiosa en los hijos.*

—¿Qué os resta que decir á las madres de familia?

—Mostrados los males, menester es indicars us remedios; macizados los escollos, conveniente es enseñar á evitarlos; conocidas las dificultades y las penas, es oportuno dar á conocer los consuelos y las recompensas; y de esto nos resta tratar para poner fin á nuestro modesto trabajo,



—¿Cuál es pues, el primer remedio á tantos males?

—El primero, el más seguro, el más general y eficaz, es la oración. Y no hay que asustarse con esta palabra. La oración es el recurso á Dios, y todo el que tiene necesidades debe emplearlo: y como las madres tienen tantas, deberían más que nadie echar de él mano. Si; las madres deben orar por sus hijos, sólo Dios puede darles á ellas fortaleza para resistir lo indebido; prudencia para gobernar sin extremos; paciencia para soportar las amarguras; sólo Dios puede cambiar los corazones, doblar los caracteres, allanar las dificultades; sólo Él puede dar calma en las tempestades, constancia en las contradicciones, conformidad en las tribulaciones. Y si sólo Dios puede darlo, necesario es pedirlo, pues es la condición indispensable que pone á sus dones: «pedid, dice, y recibiréis; buscad y hallareis; tocad y se os abrirá.» Y precisamente se pide, y se busca y se toca en la oración. Sin ella, pues, no hay esperanza de poder una

madre llenar sus gravísimos deberes.

—Mas, ¿cómo podrá orar gente tan ocupada como las madres?

—Como han orado todas las madres cristianas. Es fuerza que se persuadan de que entre todas sus ocupaciones, la principal es esa; y que sin esta mal podrán cumplir las otras; que reciten en familia el santo rosario, y que sean muy devotas de la Virgen santísima, consagrándole sus hijos desde antes de nacer; presentándoselos recién nacidos y acostumbrándolos desde la infancia á amarla, á venerar sus imágenes y á mirarla como madre. La devoción á los dolores de María les es muy útil para santificar los suyos y saber sufrir los que sus hijos les ocasionan.

—¿Qué otro medio debe recomendárseles?

—La recepción de los sacramentos. El matrimonio les confiere gracia para cumplir todos los deberes que le impone; pero esa gracia se debilita y aun se pierde, y es indispensable fortalecerla y recobrarla por los sacramentos. Un confesor prudente que las

guie desde sus primeros años las aconsejará prudentemente y les servirá muchísimo; pero si á él no acuden, le es imposible prestarles sus servicios. A él hay que consultar en todos los casos difíciles, hablarle con confianza, comunicándole sus dudas, sus esperanzas y sus temores. Y este será el tercer medio, no obrar nada en casos arduos sin aconsejarse primero. Y así lo aconseja el Espíritu Santo: «Sin consejo no hagas nada, y después de hecho no te arrepentirás.» (Éccli. XXXII, 24.)

—¿Y cuando el confesor no pueda ser consultado?

—Procúrese tomar consejo de otra persona prudente y juiciosa; los padres, si viven, pueden ser consultados, y nunca falta algún sacerdote ó amigo de confianza á quien dirigirse; que si enteramente faltase, hay que pedir luz al Espíritu Santo, y auxilio á Nuestra Señora del Buen Consejo que no dejará de darlo á quien humildemente se lo pide, y grandemente lo ha menester. No hay necesidad de añadir,

que es muy útil acudir á los santos abogados y al buen ángel custodio propio, y al de los hijos.

—¿Y no podrá la madre dictaminar á veces por sí misma?

—Muchas tendrán precisión de hacerlo, pues hay cosas del momento que no pueden dilatarse. Y por esto sería muy conveniente que la madre se ilustrase con la lectura de libros que la instruyesen en sus deberes, y le mostrasen ejemplos de su cumplimiento. La lección de las vidas de las santas de su estado, le sería provechosísimo, como las de Santa Mónica, Santa Juana Francisca, Santa Catalina de Génova, Santa Rita de Casia, Santa Francisca romana.... Pero si lee novelas y periódicos, pierde el tiempo y da pésimo ejemplo á su familia.

—¿Qué otra cosa le sería muy conveniente?

—Tener especial devoción á Santa Mónica, é inscribirse en la Asociación de las madres de familia, instalada en muchas parroquias. Así tendría especiales instrucciones, y oraciones de

todas las madres que forman de ella una liga para pedir todas por cada una, y por todos y cada uno de sus hijos.

—¿Y mencionábais también las recompensas de las madres?

—Es así, y queremos por último hablar de ellas. Y primeramente, el testimonio de la buena conciencia, siempre es muy dulce y particularmente en la hora de la muerte, el poder decirse á sí misma: he terminado mi carrera, he sido fiel á mi misión, llevando todos sus cargos y cumpliendo todos sus deberes. Y aun cuando los resultados no sean siempre satisfactorios, el poder decir: «yo he trabajado, he puesto todos los medios, he empleado todos mis cuidados, he sacrificado mi salud y mi vida,» es, repetimos, sumamente consolador y satisfactorio. Nada iguala á ésta recompensa, sino el eterno galardón que la sigue. Además de esto, merced es también honrosa y digna, la gratitud y reconocimiento de los hijos, que recuerdan á su madre, y confiesan deberle su honradez, su educa-

ción y aun su felicidad y su destino. ¡Qué alabanzas no tributa San Agustín, en el Libro de sus Confesiones, á Santa Mónica, llamándola dos veces su madre, porque le dió á luz al mundo y luego á Jesucristo! ¡Qué hermosamente habla San Juan Crisóstomo de la suya, que quedando viuda muy joven nunca quiso admitir otras honrosas nupcias, por no dar en qué sentir á su hijo, dirigiendo por sí sola sus complicados negocios é intereses! ¡Como honró San Luis, rey de Francia, á su piadosa madre la reina Blanca, poniendo en sus manos el gobierno, cuando marchaba á Tierra Santa! ¡Grande recompensa para las madres es el honor y reconocimiento que sus hijos les tributan!

—¿Y de parte de Dios, cuál será su corona?

—Léese en la Sagrada Escritura, «que los que instruyen á muchos para la justicia, brillarán como estrellas por toda la eternidad.» (Dan. XII, 3.) Y esto toca muy especialmente á las madres, que han enseñado y educado á

sus hijos para la justicia, esto es, para la moral, la religión y la piedad; y como, enseñados los hijos, éstos enseñarán á la vez á los suyos, enseñando las madres á los primeros, en ellos instruyen á otros muchos; y por esto, resplandecerán como brillantes estrellas en el cielo.

Y así como está anunciado para los que presiden ó gobiernan un juicio durísimo, y grandes tormentos si son infieles á su misión, así también, si han sido fieles, no hay duda que han de obtener premios especiales; pues como dijo Jesucristo: «el que hiciere, y juntamente enseñare, grande será llamado en el reino de los cielos.» (Math. V, 19.)

Así el temor de un juicio severísimo por una parte, y por otra la esperanza de un espléndido galardón, deben alentar y animar á las madres al cumplimiento de sus graves deberes.

¡Que la Madre de las madres, y Virgen de las vírgenes, les alcance luz para ver los escollos de su camino, for-

taleza para continuarlo y constancia hasta el fin para poder llegar al término! (\*)

---

[\*] También es grande honor y recompensa de una madre cristiana, al dar á Dios un hijo que le sirva en los altares, un hijo elevado á la dignidad del sacerdocio; y esto es el fruto de la oración constante, y de la educación piadosa. Permítasenos citar las palabras con que un ilustre Obispo francés termina sus conferencias á las señoras. "Las clases altas de las ciudades, no dan sus hijos á la Iglesia, y fácilmente declinan este honor que solo solicitan las gentes del campo. ... lo que profundamente desconsuela á la Iglesia, es el ver que los jóvenes decentes, con sus manos de veinte años, sólo saben gobernar caballos ó aplaudir los triunfos de las actrices; el honor de tomar la sangre de Jesucristo no les es otorgado ... ¡Madres cristianas! pedid á Dios que vuestras familias den verdaderos hijos á la Iglesia; ... pedidle que vosotras tengáis el valor del sacrificio, y que de vuestra fecundidad y vuestro seno nazca un apóstol." Lo mismo puede decirse de las hijas que desean ser esposas de Jesucristo, es gloria del matrimonio como dice San Antonio, dar al mundo vírgenes, y al Señor esposas. Y sin embargo, madres hay que llevan á mal tales vocaciones, las estorban y persiguen, y en ello cometen un delito. Si tuviesen fe pensarían muy de otro modo, y verían como una dulce recompensa el dar así sus hijas á Jesucristo. *Mgn. Mermilloid.--Conferencias a las damas. Conf. XI.*

39

002

